

Armando Roa Vial, la pasión del alucinado insomne

Virginia Vidal
Escritora

Una intensa vida poética, una desaforada entrega al oficio, es la de Armando Roa Vial, esto sumado a la poco frecuente conjunción de una mente abierta a innumerables estímulos y con una intensidad pasional que se vierte en diversos cauces creadores.

¿Quién es Armando Roa Vial? Nacido en 1966, este poeta que tiene el título de abogado penalista nos lleva de asombro en asombro. Su cortesía juvenil, su paciencia para escuchar, su sentido del humor no enmascaran la sensibilidad, el real interés por las diversas manifestaciones creadoras. Poeta y narrador trasgresor de las barreras artificiosas entre los géneros, investigador acucioso, ensayista, intérprete de cello, compositor musical, conocedor de varias lenguas y traductor re-creador. Trasgresor de tiempo y espacio, demuestra que el hacedor no sólo está siempre vivo y vigente sino también es contemporáneo.

Armando Roa anda y desanda los caminos de la poesía como un alucinado insomne que tuviera la clave para abrir aquellas puertas cubiertas de hiedra o musgo mimetizadas con la piedra o el polvo del tiempo. En el viaje tiene amable compañía no sólo de vivientes sino también de otros hacedores que mediante su obra siguen resistiendo el tránsito a la inmortalidad para estar siempre entre nosotros.

Ya en *La invención de Chile* en colaboración con Jorge Teillier, nos daba a

conocer la rara mirada que han dirigido a nuestro país poetas y escritores eminentes en diversos tiempos y lugares del planeta. Imaginación, sabor y profecía confluyen en estas visiones.

Con las *Cartas a la juventud* de un selecto número de maestros universales (Editorial Universitaria) ofrece un rico aporte ético a la reflexión valorando desde la juventud lo que significa realmente estar ahí. Cada poema suyo, cada homenaje, cada rescate es un sortilegio para la expulsión de la muerte o su enmascaramiento.

Asombra en este joven poeta su sabiduría para ahondar en la reflexión sin tener la arrogancia de imponer sus propios criterios ni pretender andar por el mundo corrigiendo las planas de los pensadores en cuyo fruto se adentra: es la sabia actitud de dar a conocer al otro, el de desbrozar caminos y mostrar cada vez un nuevo cristal siempre cambiante, del infinito caleidoscopio del pensamiento.

El poeta ejerce su arduo oficio con frutos tangibles a partir de *El hombre de papel y otros poemas*, se confirma en *El apocalipsis de las palabras / La dicha de enmudecer* (Ediciones del Traditore) y prosigue sin tregua en esta entrega constante de poesía.

Con *El navegante*, poema anglosajón anónimo del siglo IX, cuya traducción desde su lengua original es confrontada con las versiones al inglés de Ezra Pound y Michael Alexander (Editorial Universitaria), Roa Vial sólo da una muestra de lo que es para él traducir, es decir, congrega un verdadero seminario de autoridades.

Esto se demuestra a plenitud con Robert Browning, *Poesía escogida* (Editorial Universitaria, 2000), donde ofrece no sólo su propia selección y esmerada traducción sino también el arsenal de estudios correspondientes a Armando Uribe Arce y Braulio Fernández Biggs. Además, instituye un verdadero seminario al enriquecer el libro con los poemas dedicados a Browning por Jorge Luis Borges, Ezra Pound y Algernon Charles Swinburne (estos dos últimos también por él traducidos), incluyendo una nutrida selección de juicios de otros poetas eminentes: Eliot, Wilde, Tennyson, Montale, Chesterton, Henry James, etc. Como dice Uribe Arce: "El traductor de poesía es poeta". Un poeta que da a conocer a su par inglés permitiéndonos acercarnos desde diversos puntos de vista a un apasionado buceador del alma humana.

En *El apocalipsis de las palabras / La dicha de enmudecer*, Roa una vez más expresa el reconocimiento a Robert Browning, reflexionando acerca del vehículo emisor del pensamiento, de sus ambigüedades y trampas y dejando en evidencia con su intensa poesía que "la dicha de enmudecer es la dicha de ver cómo el mundo calla en el alma del poeta". Pero no basta con esta conclusión, pues "el silencio, después de todo, es una liberación solitaria. Quemados los nombres, desbautizadas las cosas: el apocalipsis de las palabras".

En el conjunto de cuentos *Para no morir tan despacio* (Dolmen) nos alucina con trágicas situaciones de seres sumidos en la neblina interior; en los alardes de siniestro humor que se permite el mal; en la angustia sin vuelta, en las macabras trampas del azar. ¿Hay algún trecho de la congoja humana que no haya recorrido el joven poeta?

Los ensayos agrupados en *Elogio de la melancolía* (Be-uve-dráis Editores, 2000), escritos entre 1993 y 1999, constituyen su “homenaje a la melancolía, ese espejo en el que se despliega y centellea, como una neblina silenciosa, la suma de nuestras perplejidades y vacilaciones”. Deja constancia viva de su encuentro con Ungaretti, Jorge Luis Borges, Swinburne, Thomas Bernhard, Elias Canetti, Duns Scoto, Robert Browning y otros que permiten incursionar en las aguas de sus mentes lúcidas, de su sensibilidad y del incesante empeño en interpretar el mundo y al hombre mismo. Armando Roa advierte: “Cioran intuyó, comparando la infinitud del universo con la finitud del hombre, que el desapego hacia la existencia y el abandono de sí mismo a lo ilimitado elevan al ser humano para arrancarlo de su ambiente natural, haciéndolo participar de algo más vasto y profundo. Es verosímil sospechar en ese desapego el origen de la melancolía, cuyos secretos engranajes no obedecen al abatimiento o a la fatiga, como muchos han sostenido, sino al ensueño creador, a la voluptuosidad de lo inefable, al anhelo de una fisura –la afirmación del absurdo– en esa intolerable carga de orden –cuando el orden es un ripio– que encierra la realidad”.

El mito y sombras (Delirio Poético Ediciones, 2000) es el rescate del concertista en cello Matías Heussler (1942-1989). En este ensayo, Roa enfoca los conflictos de un mundo interior donde se debaten las personalidades del compositor, del intérprete y del director. Y aquí cabe reflexionar acerca de que toda la obra es una sola obra, todos los autores son un solo autor, todos los hombres son un solo hombre.

Sin duda en la *Zarabanda de la muerte oscura* (Be-uve-dráis Editores) nos sumerge en la esencia misma de este motor de la existencia que exige a todo ser pensante ubicarse en el mundo y en su transcurso sin escamoteo posible.

Cada homenaje, así sea a Ezra Pound, Vladimir Holan o Paul Celan, deviene verso del corpus poético mismo. Qué mejor testimonio de la danza inevitable que Phillipus de Arimatea, un reflejo de José, miembro noble del concilio, el discípulo secreto que pidió a Pilatos el cuerpo de Cristo para enterrarlo en el sepulcro de piedra, como quien dice, para ponerlo a resguardo previo al ascenso a la inmortalidad.

Como recogiendo el laúd del más renombrado y lamentoso trovador provenzal que vivió en el siglo XIII, Sordello de Mantua, desnuda a la muerte y demuestra que no hay maquillaje, raso ni ataúd de cedro o caoba para encubrir el ineludible efecto de su danza obscena. Si nos detenemos en la geografía poética chilena, llegamos a la conclusión de que antes, muy pocos poetas habían tenido tan visceral acercamiento a la contra-madre del mundo;

cabe destacar a Gabriela Mistral, a Armando Uribe Arce; en cierto modo, a Pablo Neruda en algunos de sus últimos poemas.

Y la bailadora surge como de las xilografías de Guadalupe Posada o de los frescos de Diego Rivera. Resulta admirable que Roa Vial tenga tan cabal compenetración con la protagonista de su elegía, haciéndola danzar, apretar y sofocar, entregando en cierto modo la sensación fisiológica del repugnante abrazo. Acaso esto resulte de haber asimilado a fondo las experiencias de abogado penalista, en su práctica de medicina forense o a través de los expedientes de asesinatos alevosos, que hubo de acercarse a restos de deudos perdidos y diseminados, ajenos por completo a sus dolientes.

A partir de tanta violencia para adquirir conocimiento ha logrado decantar la vivencia para expresar poéticamente el proceso de descomposición del hombre, más grosero que el de cualesquier otros especímenes animales. Verbos opuestos como tocar - desgarrar, acoger - desterrar, poseer - destruir, hermanar - disgregar, elegir - dividir, contribuyen eficazmente a poner énfasis en la acción implacable de la inseparable pareja que dirige la danza obscena.

Pero no sólo se trata de la descomposición de la materia humana, porque más allá o más acá perviven dudas acuciosas, inquietantes preguntas, clave de la existencia misma: ¿Para quién esta vida? ¿Acaso un error? ¿Un ejercicio de soledad? ¿La muerte que se agolpa a quemarropa, como un viento cortante, entre crepúsculo y crepúsculo? ¿La insidia de los dioses?

El joven poeta ha captado la muerte incorporada como andamio y esqueleto del hombre logrando las más felices metáforas en esta singular elegía de sí mismo y de todos sus prójimos: "el húmedo cuchillo de la luna/ raspando las tinieblas" y al margen de cronologías "el pensamiento se disolverá / ante el vagido brutal de la pistola". Cual imagen de un cuadro de Holbein el Joven, yacerá el ser "anegado en la misma desnudez [...] con sus propósitos desmantelados / sobre una mesa cuya sombra tambaleante se alarga en la pared".

Se percibe la corporeidad de la pareja inseparable y se puede advertir que "desde la áspera tristeza de la carne / mi sombra se alarga".

Es doloroso constatar que en este tránsito inevitable al dominio absoluto de la muerte, ésta deviene el rufián del amor: "haz del amor un asalariado de la muerte", "porque el amor es más espeso que olvidar / y más tenue que recordar". Con rigor y grandeza nos pone en evidencia fisiológica a la inseparable, a la arrimada, a la caladora, hasta que: "Sin rostros ni miembros va quedando. / Las colinas de mi cuerpo se enfrían. / Mi voz se hunde vacilante / en el pantanoso corazón de Dios".

Ante cada una de las generosas ofertas poéticas de Armando Roa Vial se nota como va consolidando a pasos acelerados un criterio que borra todas las fronteras de la poesía y permite considerar en una sola unidad creadora tanto el poema original como la traducción: una especie de nexo para unificar el hacer poético de todos los tiempos.